

El sentimiento religioso en la obra de Antonio Machado

Brac, 117 (79-85) 1989

Por José María OCAÑA VERGARA

(ACADEMICO NUMERARIO)

La crítica ha concedido un puesto de privilegio en la lírica actual a don Antonio Machado. La bibliografía, en torno a su obra total, crece continuamente en un afán de investigar lo más acendrado de su espíritu que aspiró a efundir al exterior sus sentimientos. Poeta intensamente humano, busca en la expresión poética el soporte indispensable para manifestarnos las vivencias más íntimas de su alma transida, en múltiples ocasiones, por el dolor y la desesperanza.

Esto ha motivado que numerosos críticos hayan intentado analizar diversas manifestaciones de la lírica machadiana en un intento, loable y fructífero, de ahondar en la esencia del poeta sevillano. Destacaremos a este respecto el número extra 49, de noviembre de 1975, de Cuadernos para el Diálogo dedicado íntegramente al autor de "Campos de Castilla". Su vida y obra fue minuciosamente estudiada por destacados especialistas como Leopoldo de Luis, Tuñón de Lara, Paul Aubert, Rafael Girardot, María Zambrano, Bernard Sesé, Oreste Macrí, J.M. Castellet, Aurora Albornoz y José M^a González.

Este último, en un luminoso ensayo, nos expone sus ideas sobre la religiosidad de Machado en el artículo titulado "Antonio Machado Teólogo".

Pero sería Aurora de Albornoz, en su obra "La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado", quien intentara profundizar y analizar las ideas del lírico sevillano en torno a los graves problemas de la inmortalidad, de Dios, Cristo, la Iglesia y el cristianismo en los capítulos dedicados a este apartado: "El Dios de Antonio Machado. Influencia parcial de Unamuno en la búsqueda de Dios" y "Cristo y el cristianismo de Antonio Machado".

Ambos críticos, a los que se une Serrano Poncela, aducen claras razones para manifestar que "Machado nunca fue una conciencia religiosa profunda... sin embargo, esto no implica que en la poesía de Machado no se de el tema de Dios" (1).

Aurora de Albornoz afirma que podrían distinguirse tres etapas en el pensamiento religioso de Machado. La primera, muy vaga,

(1) SERRANO PONCELA, S., *Antonio Machado, su mundo, su obra*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1954.

muy nebulosa, estaría determinada por la búsqueda de un "Dios entre la niebla". El Ser Supremo aparece en su conciencia a través del sueño, elemento básico en la poesía del poeta sevillano. Machado cree firmemente en Dios; no es ateo ni confía en los dioses apócrifos (2). "Dios viene por el sueño": esta frase machadiana es perfectamente reconvertible -según el teólogo González Ruiz lo que la teología cristiana de todos los tiempos ha afirmado de Dios: "Dios es gratuito", Dios es antes que los hombres. Este Dios gratuito es llamado por Machado el "creador de la nada". Esto está bien patente en sus poemas "Siesta" (3) y en algunos de sus Proverbios y cantares publicados en "Campos de Castilla":

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios oía.
Después soñé que soñaba.

¡Cuán lejos nos encontramos de las dudas unamuninas y de la desesperanza de Blas de Otero! El Dios de Machado es un ser vivo que escucha las peticiones del necesitado, del hombre:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebía?

.....
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Para Unamuno, que define la fe como "crear lo que no vemos", Dios es el creador de la criatura. Para Machado la existencia de Dios es innegable, aunque se haya intentado explicarla desde el nuevo mito de la Nada, preconizado por Lukács, Heidegger, Jaspers y Sartre, entre otros destacados filósofos de profunda entraña existencialista.

Machado cree en Dios, en un Dios no sólo "cristiano", sino "providencial", que escucha a la criatura. Esta afirmación cobra plena vigencia en el conjunto de poemas que lleva el número CXXXVII

(2) GONZALEZ RUIS, José M^o, **Antonio Machado, teólogo**, Cuadernos para Diálogo, Madrid, noviembre, 1975.

(3) MACHADO, Antonio, **Poesías completas**, ed. Austral, prólogo de M. Alvar, Cancionero apócrifo, CLXX, Madrid, 1984, pág. 346.

y el título general de "Parábolas". De entre ellos entresacamos el V, titulado "Profesión de fe":

Creó la mar, y nace
de la mar cual la nube y la tormenta;
es el Criador, y la criatura lo hace;
su aliento es alma, y por el alma alienta.

En otro apartado de este poema añadirá:

Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad, que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!

Auténtica profesión, según Aurora de Albornoz, que guarda numerosas concomitancias con la que profesara San Juan de la Cruz. El excelso místico, al igual que Machado, es un poeta que de alguna manera explica su propia poesía en una prosa de talante filosófico. Recordemos sus expresiones:

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Gerad Brenan ha afirmado que San Juan de la Cruz es el doctor de la nada. La similitud del escritor carmelita con el poeta sevillano es bien evidente; para ambos Dios es el primer interlocutor del hombre; éste no hace más que responder como puede: "con admiración y extrañeza" (Machado), "balbuciendo" (San Juan de la Cruz).

Si la visión de un Dios creador es inmanente en la obra machadiana, la autenticidad de la imagen de Cristo está íntimamente relacionada con el más puro amor fraterno. Machado nunca duda lo más mínimo sobre la divinidad de Cristo: "Para hablar a muchos no basta ser orador de mitin. Hay que ser, como el Cristo, Hijo de Dios".

Pero su auténtica cristología se centra alrededor de un Cristo realmente resucitado y, por consiguiente, definitivamente desenclavado de la cruz:

¿Quién me presta una escalera,
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?

Cristo es, ante todo, hombre para Machado. Triunfante, anduvo sobre el mar; vencedor del cainismo, se sacrificó por sus hermanos:

¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!

Machado evoca en estos bellísimos versos el amor fraternal de Cristo para con los hombres, representados en el cantar por una raza marginada, al tiempo que proclama su ardiente deseo de ver al Salvador bajado de la Cruz, quizás en el regazo de su Madre Amantísima.

¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía
y es la fe de mis mayores!
¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero,
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!

Los últimos grupos melódicos nos revelan la fe machadiana en un Jesús resucitado, presente en la realidad cotidiana de los creyentes y garantizador de la concordia que debe reinar entre todos los hombres. ¡Bellísima plasmación de sus firmes creencias que recibió de sus mayores como él incontestablemente afirma!

En la cristología machadiana, ya lo hemos afirmado anteriormente, Cristo es fundamentalmente el predicador del amor fraterno universal. De ahí su inmenso dolor por una España dividida en dos mitades y su profunda admiración por el Nuevo Testamento, libro de la fraternidad.

El pensamiento machadiano encierra juicios que revelan su acendrado espíritu evangélico: "El amor fraterno nos saca de nuestra soledad y nos lleva a Dios".

Machado, hombre profundamente creyente como hemos expuesto, aspiraba a que las iglesias, los templos, las ermitas fueran casa de Dios y de todos los hombres. Aunque se han escrito muchos artículos sobre el anticlericalismo machadiano, esto no es cierto: todo lo contrario. El recuerda nostálgicamente en sus poemas "La monjita" y "La iglesia de Torreperogil" (4) vivencias cargadas de profunda nostalgia.

(4) MACHADO, Antonio, Op. Cit. Campos de Castilla, CXXXII (Los olivos), pág. 211.

Hombre profundamente liberal, Machado vive inmerso en la pura constatación histórica de la Generación del 98. Este estado de ánimo es lógico -afirma González Ruiz- e indujo al poeta sevillano a desear una Iglesia que viviese el auténtico Evangelio. Consciente de la triste realidad eclesiástica de su momento, él aspira a que la Iglesia salve los valores cristianos allí encerrados, que se resuciten las ancestrales costumbres de las comunidades primitivas en las que reinaba el amor fraterno por encima de otra consideración.

La ilusión de una religiosidad inmersa en su ser se plasma de manera inequívoca en su poema "Preludio":

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.
Acordaré las notas del órgano severo
al suspirar fragante del pífano de abril.

.....
Al grave acorde lento de música y aroma,
la sola y vieja y noble razón de mi rezar
levantará su vuelo suave la paloma,
y la palabra blanca se elevará al altar.

Un aspecto muy poco estudiado de la obra machadiana es el relativo a las referencias marianas. Machado sorprende con su poderosa intuición religiosa al redescubrir el sentido profundamente liberador de la mariología bíblica: María, la Madre del Salvador, es elevada al supremo rango de primera figura en el plan de Dios sobre los hombres por ser la Madre de Jesús. Entre las diversas referencias que hay en su poesía destacaremos la sentida convicción de Machado sobre la constante ayuda de la Virgen, como mediadora del género humano:

Por un ventanal,
entró la lechuza
en la catedral.
San Cristobalón
la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.
La Virgen habló:
Déjala que beba,
San Cristobalón.

La gracia alada de este poemita (5), verdadero jugueteo lírico, se complementa con los siguientes sintonomas, que revelan la profunda gratitud simbólica del ave rapaz y nocturna:

Sobre el olivar,
se vio a la lechuza

(5) MACHADO, Antonio, Op. Cit. pág. 253.

volar y volar.
 A Santa María
 un ramito verde
 volando traía.
 ¡Campo de Baeza,
 soñaré contigo
 cuando no te vea!

La suavidad del encabalgamiento refuerza el valor de la delicada ofrenda ofrecida a la Virgen bajo las columnas renacentistas del templo baezano.

La invocación a la Madre del Redentor aparece en una de las coplas populares y no populares andaluzas (6) fechadas en Segovia en 1925. El recuerdo de su Andalucía natal permanece, y rememora tiernas y delicadas escenas amorosas en las bellas playas gaditanas:

Desde Sevilla a Sanlúcar,
 desde Sanlúcar al mar,
 en una barca de plata
 con los remos de coral,
 donde vayas, marinero,
 contigo me has de llevar.

.....

El aire por donde pasas,
 niña, se incendia,
 y a la altura de tus ojos
 relampaguea.
 Guárdame Santa María
 de la nube negra,
 de la niebla fría.
 De la tormenta amorosa
 me guarde más todavía.

Si en la primera estrofa encontramos delicados ecos del romancero -recordemos el famosísimo "Romance del Conde Arnaldos"-, en la segunda aparece el juego alternante de la anáfora y de la invocación mariana para prevenir al joven enamorado de la tormenta violenta de unos negros ojos, capaces de herir más fieramente que la más temible tormenta.

Creemos sinceramente que Machado no perdió su profunda convicción religiosa, pese a los avatares de su trayectoria política que lo conduciría a Colliure. En los momentos más difíciles de su existencia: muerte de Leonor, confía sosegadamente en el Dios reparador desde la soledad de Baeza. En la primera carta enviada a don Miguel de Unamuno desde la ciudad andaluza, le dice: "La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una

(6) MACHADO, Antonio, Op. Cit. pág. 400.

criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad".

Machado necesita creer fuertemente en un Dios liberador que garantice la inmortalidad, lo que le lleva a admitir un Dios personal capaz de recibir su dolor y desesperanza:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Podría pensarse, en una primera lectura, que existe un rechazo de Machado por la muerte de su querida esposa. La trayectoria lírica del poeta nos revela que su confianza en el Dios de sus más firmes convicciones sigue constante en su espíritu.

El autor de "Soledades, galerías y otros poemas" fue un poeta entrañablemente religioso. Su ideal de fraternidad sólo se explica desde la visión de un Cristo hermano que sufre muerte de cruz por todos nosotros. Quizás sus experiencias religiosas, entendidas bajo el prisma eclesiástico fundamentalmente, se fueran deteriorando con el paso del tiempo, pero por encima de todo se yergue la figura de un hombre humanísimo que fue un ferviente creyente y un cristiano auténtico, que buscó en la sincera fraternidad los pilares de la religión verdadera.